

hecho un tipo a la vez ridículo y despreciable; cómo en Suiza, que vive del extranjero, se insulta rabiosamente al extranjero, después de desplumarlo a conciencia; cómo esto no es únicamente en todos esos países obra de un instinto de las masas, pues los hombres más ilustres bajan a vulgarísimos improperios de rabanera, y así Le Bon, nada menos que en una obra llamada *Psicología de los Pueblos*, desconociendo con la más vergonzosa ignorancia el asunto que trata, pero conducido infaliblemente por su perversa intención, cita a la población caucásica de Buenos Aires como prueba de los horrores que resultan del mestizaje.

El odio colectivo puede quedar frecuentemente atenuado y no producir efectos, como en el caso de Suiza y de París que odian y reciben la propina. Pero también hay casos, y es el que nos importa, en que el odio de grupos extraños se fomenta y se utiliza para fines de otro orden. Sobre todo, el odio entre superiores e inferiores, entre civilizados y bárbaros, como el odio entre civilizados y salvajes, ha servido de cauce para empresas de dominación o de exterminio. Entre un europeo o norteamericano, por una parte, o un asiático o iberoamericano, por otra, se establecen dos